

BOLETÍN DE LETRAS

Número especial

Año 32, N° 63

1° Semestre 2017

ÍNDICE

Número Especial

Dossier de Poesía patriótica

**Celebración de las batallas de Chacabuco, 12 de febrero de 1817
y Maipú, 5 de abril de 1818**

Tomados de *La Lira Argentina*, 1824

Esteban De Luca	
<i>A la victoria de Chacabuco</i> - Oda	3
Fray Cayetano Rodríguez	
<i>Canción encomiástica</i>	9
Juan Ramón Rojas	
<i>A la heroica victoria de los Andes</i> - Oda	14
Juan Cruz Varela	
<i>A los generales triunfadores de los ejércitos unidos de Chile</i>	19
Anónimo	
<i>A la victoria de Maypo</i>	29
Vicene López y Planes	
<i>A la Victoria de Maypo</i> – Oda	32

Copyright by EDICIONES FEPAI- M.T. de Alvear 1640, 1° piso E, Buenos Aires - Argentina.
Queda hecho el depósito de Ley 11.723.

Se permite la reproducción total o parcial del contenido de este Boletín, siempre que se mencione la fuente y se nos remita un ejemplar

ISSN 0326-8802

ESTEBAN DE LUCA

A la victoria de Chacabuco

Por las armas de las Provincias Unidas, al mando del excelentísimo señor brigadier General don José San Martín

Oda

Entre guerra y venganzas,
muertes y horrores el caudillo ibero,
entre crueles verdugos y asechanzas,
cual Minotauro fiero
con centelleantes ojos asombraba
de Chile el monte y llano que ocupaba.

Alza la erguida frente
sobre un trono con sangre salpicado
mil y mil veces de la indiana gente;
el cetro ya empuñado,
el férreo cetro, agudas las espadas
cierran ya de su imperio las entradas.

“Yo conquisté esta tierra,
a sus sangrientas haces les decía,
que a esfuerzos del terror y de la guerra
por tres siglos es mía;
en mis iras conoce el araucano
el rayo de que Jove armó mi mano.

“¿Mi dominio rodeado
de intransitables ásperas montañas
será del argentino profanado?

¿Mil heroicas hazañas
no os gritan que este suelo subyuguemos,
o que al furor de Alecto lo entreguemos?”.

Así el tirano clama.
San Martín, otro Aníbal más famoso,
a quien celeste ardor el pecho inflama,
practica ya el fragoso
camino de los Andes, ya el soldado
toma ejemplo del jefe denodado.

A un lado mole inmensa
ve levantarse al cielo, a la otra parte
un precipicio horrendo, y solo piensa
a fuer de brío y arte
al término llegar de la angostura;
pigmeo es la montaña a su bravura.

El enemigo bando
avistan los campeones impacientes,
sobre él ya cargan rápidos bajando
como en gruesos torrentes
por entre riscos el furioso Guano
que raudo corre por inmenso llano.

Los montes cavernosos
retumban con el bélico alarido,
y el tronar de las armas, espantosos
dando horrible gemido,
desde sus hondas lóbregas entrañas
de sí arrojan al León de las Españas.

Ruge herido del rayo
de las patrias legiones, que aguerridas

en fuga ponen y en mortal desmayo
sus huestes homicidas;
el paso vencen, y al favor de Marte
tremolan en el valle su estandarte.

¡Oh, deidad, que inflamaste
en sacro ardor el numen del Mantuano!
¡Oh, tú que en plectro de oro celebraste
el valor sobrehumano
de Hércules vencedor! hoy canta solo
el paso de los Andes, sacro Apolo.

No cantes, no este día,
la cítara divina resonando,
del héroe de Cartago la osadía
los Alpes traspasando:
a un otro Aníbal canta, mayor gloria
da al Nuevo Mundo eterna su memoria.

Mas ¡oh, terrible escena!
Del hispano la armada muchedumbre
los llanos abandona, cruel se ordena
de nuevo en la alta cumbre
de la vecina y escarpada sierra,
y el pendón alza de ominosa guerra.

El oprimido suelo
mira en fuertes guerreros convertido,
resonando los cóncavos del cielo
con el marcial ruido;
clamor universal oye, y se aterra:
“¡Venganza, Eponamón, venganza y guerra!”.

El grito heroico alcanza
al mar del Sud en ásperos acentos
cual Austro embravecido; invicto avanza
San Martín los sangrientos
rebeldes enemigos; ronco suena
el bélico clarín, el bronce truena.

La lid está trabada
en Chacabuco; del guerrero infante
se ve la línea en fuegos inflamada;
su acento fulminante
en la diestra revuelve ya el jinete,
y en el veloz caballo ya arremete.

La intrépida carrera
del relinchante bruto, el corvo alfanje
rompen al enemigo que lo espera
en cerrada falange:
al duro choque retemblaba el suelo
cual si brotara nuevo Mongibelo.

La muerte conducida
sobre el rodante carro hiere, mata
en ambas huestes, la infelice vida
del cuerpo la desata;
los muertos huella, corre sin fatiga,
que el cuadriga fatal la guerra instiga.

Fuente a sus escuadrones
San Martín ya decide la victoria,
clama, atropella, rinde las legiones;
cubierto va de gloria
cual otro Aquiles fuerte, invulnerable,
a las troyanas gentes espantable.

Dos rayos de Mavorte
de la patria constantes defensores,
Soler, O'Higgins, cada uno en su cohorte
gobierna los furores;
de los fieros Titanes este día
triunfara en Chacabuco su osadía.

¡Oh, patria!, tus guerreros
los montes y los llanos ocuparon,
y el pendón de Castilla de ellos fieros
al suelo derribaron;
salve patria mil veces, altaneras
flotan en todo Chile tus banderas.

Las sombras irritadas
de Tucapel, Caupolicán, Lautaro
dejaron los patriotas hoy vengadas.
Hoy vuestro nombre caro
llama al hijo de Arauco que la lanza
tiñe en sangre española en la matanza.

Del arduo excelso asiento
de los nevados Andes hoy la Fama
tocando el estrellado pavimento,
en los orbes proclama
a vuestros héroes, su eco resonante
va desde el mar del Sud al mar de Atlante.

¡Oh, paternal gobierno,
que enérgico y prudente protegiste
tan gigantesca empresa! ¡honor eterno
a la patria le diste:
tuyo es el regocijo a que se torna,
y el precioso esplendor con que se adorna.

Vírgenes adorables,
ninfas del argentino sacro río,
cantad también los hechos memorables,
mientras el llanto mío,
tributo al campeón que en la victoria
muriendo por la patria nos da gloria.

FRAY CAYETANO RODRÍGUEZ

La Municipalidad de Buenos Aires al general don José de San Martín

Canción Encomiástica

Al ínclito, valiente americano,
al argentino Marte, al invencible
domador del hispano,
impávido guerrero, al más temible
que la patria registra en sus anales,
glorias, laureles, palmas inmortales.

Al vencedor de Chacabuco, al noble
General, San Martín, bravo soldado,
que con esfuerzo doble
con arduo empeño, con valor osado
en Maypo se labró nueva corona,
vivas y lauros, que el honor le abona.

Nunca con brío tal, con tal denuedo
vibró su espada el Jefe Macedonio:
jamás con menos miedo
se ha dado del valor un testimonio.
A San Martín se dio por raro modo
copiarlo en parte, superarlo en todo.

Sus bravos aguerridos enemigos
de su marcial furor tristes despojos,
serán fieles testigos
de sus ardientes bélicos arrojós;

de aquella intrepidez inimitable,
con que sabe vencer a fuego y sable.

Harán honor de publicar rendidos,
sus esfuerzos, sus armas, sus banderas,
sus jefes distinguidos,
sus esperanzas todas lisonjeras
al valiente campeón, atleta invicto,
superior a Alejandro en el conflicto.

Ellos le vieron recoger los restos
de unas huestes antes dispersadas,
y con nuevos aprestos
presentarlas con arte organizadas...
¡Acción gloriosa digna de la historia,
que sola vale toda la victoria!

Ellos le vieron con terror y espanto
al frente de sus ínclitas legiones
por un secreto encanto
con un viva alentar sus corazones,
mostrándoles escrito en su semblante
el triunfo, que temieron vacilante.

Ellos le vieron, ¡vista pavorosa!
con valor frío, con sereno aliento,
con marcha majestuosa,
sin trepidar un punto ni un momento,
dirigirse a sus filas. Sí... lo vieron...
vieron que no temía, y le temieron.

Ellos vieron al fin un rayo activo,
a San Martín, al genio destinado
para herir en lo vivo

al visir orgulloso, que ha jurado
en los excesos de un furor insano
borrar del Sud el nombre americano.

Un rayo, sí, un rayo disparado
del seno del honor. Tal fue al momento,
que en la acción empeñado,
dando a su intrepidez nuevo incremento,
descargó en su rival con brazo fuerte
los trágicos horrores de la muerte.

En los llanos de Maypo, allí le vieron
blandir la espada con feroz aliento.
A su impulso mordieron,
envueltos en su sangre, el pavimento
los robustos de Hisperia, las terribles
huestes de Burgos, huestes invencibles.

¡Oh, parca! justa ahora, tú le diste
tu afilada guadaña. Le obligaste,
mejor diré, tu fuiste
quien a su voz con furia la vibraste,
para así castigar un loco empeño,
y darle un triunfo, de que ya era dueño.

¡Llanos de Maypo!, vuestro nombre solo
en las páginas todas de la historia
se oirá de polo a polo,
sofocarán sus ecos la memoria
del ejército grande, que en cruel guerra
con sus victorias abrumó la tierra.

¡Llanos de Maypo! Mapa delineado
con la sangre de injustos. Campo hermoso,

donde ha recuperado
sus derechos la patria; donde el gozo
ha sucedido al llanto, y donde todo
tornó a su libre ser por raro modo.

Obra fue tuya, héroe sin segundo,
y de tus bravas bélicas legiones.
Todo este Nuevo Mundo
aclama tu valor. Tú das lecciones
al mundo antiguo, que aunque siempre vano
ya te apellida: Marte Americano.

Marte mismo te observa, y queda absorto
envidioso quizá de tal proeza,
viendo en ti un raro aborto
de virtud, de valor, de gentileza;
y que cuando vencer resuelto tratas
sus vengativos rayos le arrebatas.

Negra envidia, furia del abismo,
no atentes contra el héroe; no despliegues
tu fiero despotismo.
Tus máquinas suspende. No, no llegues
del templo a los umbrales, donde en calma
le coronan laurel, oliva y palma.

Deja por esta vez, deja que todos
los pueblos de la Unión con tierno acento
canten por varios modos
su triunfo en Maypo, su marcial aliento.
Pedid ¡oh, pueblos! para tal empleo
su lira a Apolo y su voz a Orfeo.

¡Oh, provincias del Sud, pueblos constantes

del mérito y valor admiradores!
¡Oh, de la patria amantes!
quemad inciensos, tributad honores
al héroe vencedor. Un templo augusto,
y por diestro cincel su noble busto.

Su diestra mano empuñará la espada,
en su siniestra tricolor bandera.
Su cabeza adornada
con bélicos blasones. Una esfera,
en su área azul con cifras de oro un lema:
San Martín vive, todo injusto tema.

JUAN RAMÓN ROJAS

A la heroica victoria de los Andes el 12 de febrero de 1817 en la cuesta de Chacabuco

Oda

¿Será que al fin no asomará la mano
que enjague, patria mía,
ese llorar que te brotó del día
que en Rancagua halló tumba el araucano?
¿No habrá a Chile consuelo?,
¿o al Sud sin culpa ha de aherrojar el cielo?

¿La América verá de San Felipe
otra serie de males?,
¿o el Perú malhadado a sus umbrales
el azar aun tendrá de Sipe-sipe?
El anárquico bando
¿del pueblo irá la majestad minando?

Mirad los hijos de Columbia cara
cual mies que el fuego enciende.
¡Cómo los brazos el opreso tiende
cerca el puñal que el español prepara!
¡Ay!, los veo divididos
caer a la tumba, en deshonor sumidos.

Mas no hay desesperar: que el genio mismo
hoy suscita el guerrero
que de la patria el esplendor primero
renovará sin fin. Su alto heroísmo,
su tesón, su constancia,

época harán, que imponga a la distancia.

En tres años de errores repetidos
que inundan nuestro suelo,
el héroe San Martín fija su anhelo
en educar soldados aguerridos;
y a par que ve el estrago,
medita sólo en recobrar Santiago.

Ni de los Andes destempló su aliento
la enhiesta cordillera;
ni la hueste opresora que lo espera,
ni la pobreza suma: a todo evento
superior, lee en su suerte
el grande lema: Libertad o Muerte.

¿Dónde te lleva ese furor sublime,
caudillo denodado?
¿Las serias consecuencias has pesado
de tu empresa atrevida? ¿No te oprime
la idea de retirada?
¿la rigidez y la distancia es nada?

Mas todo está a tu alcance, y la alta mente
obstáculos allana
que sondeó tu saber... Ea corre: ufana
orne la palma tu lumbrosa frente;
y esclavos a millares
venguen, al caer, los ultrajados lares.

Vuele a los climas de la opuesta sierra
tu nombre y loor eterno;
la égida viste, que te dio el gobierno;
que amigos cuentas los que el país encierra.

Corre al ataque... ¿Qué haces?
he allí la gloria y tus marciales haces.

La hora sonó... el general se mueve
que la alma patria guía.
Ya se avista la inmensa serranía;
ya el pie deshace la escarchada nieve.
Los Andes que divisa,
ya los domina; ya su falda pisa.

¡Héroe, salud! Muy más hoy te levantas
que Aníbal de Cartago
cuando al trepar los Alpes, el estrago
lleva marcado, do fijó las plantas,
la barrera salvaste.
Tuyo es el triunfo: el Rubicón pasaste.

Helas, que al paso, las columnas fuertes
te buscan del ibero;
las miras, las provocas, y tu acero
fundió sobre ellas cual el rayo. Inertes,
sin plan, de terror llenas,
la fuga emprenden, que las salva apenas.

Mas Chacabuco al frente... y de su cuesta
el opresor te incita
que el contraste olvidó. Suena la grita;
y en las maniobras que al subir apresta.
En su tropa y terreno
triumfos se ofrece, de ventajas lleno.

Cada palmo no obstante nuestra gente
gana, y de sangre riega:
ya se enciende la bárbara refriega;

ya el clamor retumbó del combatiente;
y se confunden luego
el relincho, el clarín, la voz, el fuego.

Entrambos trozos en distintos puntos
que eran uno dijeras:
ora dóblase el fundo; las hileras
ora deshechas son. Bátense juntos,
y en la tendida sierra
caen unos y otros, que en su seno entierra.

El bizarro Leonidas que al indiano
valor y orden encarga,
sus falanges alinea; va a la carga;
y desbarata, y hunde sable en mano:
los tiranos lo vieron,
y los libres, ¡Oh, triunfo!, repitieron.

Cual Augereau y Napoleón mirando
de Lodi el feroz puente,
dos águilas empuñan; y la gente
va a la inmortalidad, su ejemplo obrando;
tal hijo de la gloria,
San Martín por sí lleva a la victoria.

Héroes de Chacabuco, nombre eterno
a la ínclita bravura
de esfuerzos tan gigantes: ya asegura
Chile su libertad; y en gozo tierno
por sus bravos os canta:
“¡Vivid, vivid autores de obra tanta!”.

¡Y vosotras, oh, sombras inmortales!,
que en la arena quedasteis,

y la victoria, el timbre asegurasteis
a la posteridad; en los anales
seréis en metro ardiente
a Chacabuco unidos tiernamente.

Recibe loores, paternal gobierno,
que así el plan protegiste.
Y tú, Joven virtuoso, que insististe
en tal empresa con tesón eterno,
la patria hoy elevada
os bendice en tan ínclita jornada.

Y vosotros del país prole querida,
abríos a otra esperanza,
que ya el Genio del Maule se abalanza
al Cerro de Anconquija; y conmovida
Lima, el feraz Oriente
se unen a la Nación independiente.

JUAN CRUZ VARELA

A los generales triunfadores de los Ejércitos Unidos de Chile
y de los Andes, don José de San Martín y don Antonio González Balcarce

Amados de Caliope, hijos de Febo,
del Parnaso en las cimas educados,
perdonad si los cantos elevados
de vuestra lira a interrumpir me atrevo.

Lo sé, lo sé; no debo
mover el labio osado.

Empero ¿a quién es dado
el ardor refrenar que el pecho inflama?
Veo dos héroes; sus renombres sólo
entusiasmo me dan, penden mi llama,
son mi genio, mi numen y mi Apolo.

San Martín y Balcarce, dos guerreros
cuales la Fama no cantó hasta ahora,
cuales ni cantará su voz sonora
en el voltear de siglos venideros.

Temblad, temblad, iberos;
vuestro fin se aproxima,
que San Martín la cima
de montes, que su frente han escondido
en las regiones donde el trueno rueda,
amenaza escalar, y confundido,
si lo ejecuta, vuestro orgullo queda.

Quedará vuestro orgullo. En movimiento
ya sus falanges van; la falda pisan,
y la altura también; de allí divisan

en Chacabuco un pabellón al viento.
“Del hispano sangriento
es la bandera”, gritan;
sobre él se precipitan,
y rayos lanzan, y el cañón retumba;
en el avance los alfanjes vibran;
en la cuesta el tirano halló su tumba,
y a Chile triste las legiones libran.

El venerando Maypo, que en la hondura
de sus puros cristales retirado,
por tres siglos lloraba inconsolado
del suelo que regó la suerte dura,
de su mansión oscura
el ruido oyó de guerra,
y, cuando más se aterra,
siente el volar de la veloce Fama
que a San Martín cantaba sonora.
Alegre entonces sus Náyades llama,
y sobre el agua alzó su faz rugosa.

Las convocó, y les dijo: “Yo sabía
que, tras mucho tornar del Tiempo alado,
era de haber un día, en que arruinado
Chile el imperio ibérico vería;
y que al fin la energía
de un hijo de la guerra,
desde la opuesta tierra
mole inmensa de montes traspasando,
vendría hacia nosotros, y en un día
siglos y siglos de maldad vengando,
al cruel cetro de hierro fin daría.

“Su nombre allá en el libro de los hados

con carácter de fuego escrito estaba;
Jove empero su nombre reservaba
y los días al triunfo señalados.

Cuando veáis que encontrados
(dijo el Tonante un día)
en la alta serranía
ejércitos batallen, sangre corra,
vague muerte sin fin, la Fama cante,
llegó a Chile el momento en que socorra
su aciago suelo el argentino Atlante.

“Hoy en la cuesta yo sentí fragores;
en Chacabuco las cavernas roncadas
del monte retumbaron; voces broncas
cuales de muertes escuché, y horrores.

En después, los clamores
de la Fama se oyeron:
“San Martín, repitieron,
San Martín es el héroe: Chile vive”.
Me alzo yo entonces; de la cuesta veo
sangre correr que el llano la recibe,
y el campeón en manos el trofeo.

“Pero no se acabó. ¿Veis estos llanos
delicia un día de araucana gente?
¿Los veis que yermos, del arado el diente,
sentido no han, ni laboriosas manos?

Sepulcro de tiranos
a ser vendrán un día;
la ibera sangre impía
dará fertilidad a mis llanuras;
pasarán pocos soles y otra escena,
otro Marte mayor, lides más duras
aquí, aquí he de ver con faz serena.

“El héroe San Martín a otro héroe llama,
a otro Dios de combates, animado
de venganza y honor; su pecho osado
abriga de honradez inmensa llama;
 su corazón inflama
 el amor de su suelo;
y bien que el negro velo
de la envidia mordaz y roedora
quiso un tiempo encubrir tanta nobleza,
Balcarce en su alma la virtud adora,
y a nadie cede, ni cedió en grandeza.

“Balcarce llegará. ¡Presagio cierto!
Mas ¡presagio maléfico al tirano
que, aumentando su hueste en Talcahuano,
ruinas medita de placer cubierto!
 Sus naves en el puerto
 ejércitos vomitan,
 que a morir precipitan
jefes soberbios, en soberbia fiados.
San Martín y Balcarce en mi llanura
guerrearán, vencerán más esforzados,
y patria entonces vivirá segura”.

Así predijo el venerando Río.
Luego a la capital su blanca frente
revuelve, ve, y aumenta de repente
con llanto de placer su raudal frío.
 Las Ninfas el impío
 dolor de ver su suelo
 al luto, al lloro, al duelo
tres siglos entregado, depusieron;
por la orilla un momento divagaron;

y del dios a una seña se volvieron,
y con el dios al fondo se tornaron.

En tanto el primer héroe, que gozosa
la madre patria en sus anales cuenta,
en Santiago ya libre se presenta,
mas no en Santiago su valor reposa.

La legión animosa
de nuevo al campo guía,
y raya al fin el día
en que el nuevo campeón se hace presente:
ambos ansiaban por mayor victoria,
y ambos conducen belicosa gente
a do se cubra de más alta gloria.

El tirano también, que en su honda mente
horror solo, y horror y horrores vuelve,
vengativo a la marcha se resuelve,
y la ejecuta en orden prontamente.

A Talca diligente
conduce los soldados,
en Europa educados
en arrastrar el carro de Mavorte,
y afrontar mil de veces mil de muertes;
aquí esperanzas de su avara corte,
como allá azote de los galos fuertes.

A Talca llegan de soberbia henchidos,
la planta fijan, y en furor aguardan
a los guerreros que a su enojo tardan,
y que ven ya en idea confundidos.

Al fin los escogidos
por patria a su defensa
ven repente la inmensa

muchedumbre enemiga; ronco suena
el clarín y atambor; el jefe manda;
se suspende el marchar, y en faz serena
se espera el día de matanza infanda.

Pero vino una noche, que Fortuna
ya avergonzada la borró del año,
¡noche de ruinas, y de espanto, y daño,
noche tremenda a Chile cual ninguna!

De la traidora luna
protegido el ibero
(bien como tigre fiero,
que sin rugir se avanza hacia la presa)
se aproxima en silencio: nadie advierte;
y los patrios soldados en sorpresa
circundados se ven de inmensa muerte.

No desmaya el valor; al arma corren
envueltos en asombro, pero en vano,
porque al plan meditado del tirano
la imprevisión y el sobresalto acorren.

Éstos a aquel socorren
que es amigo juzgando;
y en confusión guerreando,
tal vez por los hispanos da la vida
el que por acabarlos muerte busca;
esta ala vence, y a su vez vencida
en sombra, en humo, en fuego más se ofusca.

¡Héroes del canto mío! ¡Campeones
en quienes Chile su esperanza libra!
¿Vuestro acero esta noche no se vibra?
¿Impunemente morirán legiones?
Mañana los pendones

del opresor de Lima,
el sol desde su cima
¿flamear verá, en afrenta de su prole,
sobre montones mil de cuerpos muertos?
¡Ah! tanta vida en vano no se inmole;
salvad los restos de pavor cubiertos.

Y los salvaron. San Martín sereno
en medio del horror y del espanto;
Balcarce, en quien el alma puede tanto,
sueltan sin rienda a su valor el freno;
mezclan su voz al trueno
del cañón que aún se escucha,
y en la terrible lucha
de mil muertes por medio atravesando,
la retirada ordenan al soldado,
y su infortunio aquí y allí vengando,
dejan por fin el campo abandonado.

Al hispano lo dejan. Basta, Musa,
de desastre y dolor: un día viene
en el que Chile su destino tiene
para siempre fijado. La difusa
tropa, que aquí confusa,
allá en pavor vagaba,
ya sobre Maypo acaba
de reunirse de nuevo a la pelea.
Venganza solo y más venganza, gritan;
venganza solo su furor desea,
y a venganza sus jefes la concitan.

Su triunfo oscuro al enemigo ciega,
y su ilusión acrece y su confianza;
hacia los libres con furor avanza,

y marcha, y corre, y hasta Maypo llega;
su batalla despliega,
y de la guerra al grito
desde el hondo Cocito
muerte y discordia salen. De repente
el silencio en clamor se ve mudado,
uno al otro se mira el combatiente,
y teme acaso y tiembla el más osado.

Mas dio el bronce la seña de matanza,
y la patria legión en el momento
se desprende, cual rayo, de su asiento,
y al enemigo con furor avanza...
No, Musa, no, no alcanza
el entusiasmo a tanto.
¿Cómo podrá mi canto
producir una imagen de aquel día
por Jove a la venganza abandonado
y a los horrores de la guerra impía?
Cántelo, oh, Musa, un genio más osado.

El mío a los ínclitos varones
San Martín y Balcarce se convierte.
Pero ¡ay! que expuestos a tremenda muerte
a la frente se ven de las legiones.
No hay brillantes acciones,
no hay rasgo de venganza,
no hay ruina, no hay matanza
a que ellos no presidan. Los iberos
los vieron con espanto batallando,
los primeros lanzarse a los aceros,
trofeos a trofeos aumentando.

Aquí mezclados con la hispana gente

sangre enemiga por doquier derraman;
allá se vuelven; y su voz se siente,
se siente apenas, y mil bronces braman.

Aquí al soldado inflaman
que en la lucha se aterra;
de la pequeña sierra
suben con sus falanges a la cumbre;
al llano lanzan al hispano impío;
y se distinguen de la muchedumbre
solo por más valor, por mayor brío.

Por tres veces la Parca en la matanza
de los dos héroes el morir decreta,
y ya, ya al dar el golpe, los respeta,
y dirige a otra parte su venganza.

Al cabo la balanza
se inclinó de los hados:
redoblan los soldados
el coraje, el furor, la justa saña;
sangre y más sangre por doquier se vierte;
y, donde antes guerreros de la España,
se ven miembros, y ruina, y nada, y muerte.

Triunfamos: lo vio Febo, y afligiendo
los brutos de su carro, al occidente
baja; y al otro mundo hasta el oriente
va el triunfo de sus hijos repitiendo.

El sacro Maypo, viendo
su presagio acabado,
el curso refrenado
soltó de nuevo de su linfa pura:
“¡Vivid héroes, envidia de guerreros,
vivid siempre, exclamó, que en mi llanura
supisteis dar sepulcro a los iberos”.

La América de allá de la alta sierra
do un genio singular la vio sentada,
su faz de llanto en de placer mudada,
se vio ya la Señora de la tierra.

¡Héroes! mi Musa cierra,
cierra ya el labio osado.

La patria que ha logrado
por vuestras manos libertad y gloria,
sabr  premiar tan relevantes hechos,
sabr  inmortalizar vuestra memoria,
mientras viviendo vais en nuestros pechos.

T , digno jefe, t , que has consagrado
al honor de la patria tu reposo,
por cuyo influjo triunfo tan glorioso
los h eros de mi canto han alcanzado;
t , que eres del Estado
el poderoso Atlante,
nunca será que cante
la Fama en las edades y naciones
nuestro honor, nuestro triunfo, nuestra gloria,
sin que al sonar de sus aclamaciones
del grande Pueyrredón no haga memoria.

A la victoria del Maypo

Genio de Urania, que en profundos tonos
el porvenir y los destinos cantas
de las naciones y de los imperios,
hoy se te ofrece un argumento ilustre.

De Bonaria el renombre ves unido
con la gloria inmortal del claro Arauco,
y unos mismos laureles le coronan.

Un poder de dos lustros ha humillado
la fuerza y el orgullo de la España,
potencia tan robusta en otro tiempo.

Se confunden del Maypo en la llanura
las esperanzas del monarca ibero,
hijo de Carlos V y Luis XIV,
de los godos delicia sempiterna,
amantes del terror e ingratitudes.

Del ministro Pizarro el plan extenso
de agresión por tres puntos diferentes,
de un solo golpe se frustró sin duda
Tantas combinaciones misteriosas,
mover al Norte, mover al Mediodía,
alarmar a la Europa, al mundo entero,
tantas solicitudes, tantos pasos,
cual invencible armada se disipan.
Un Pueyrredón y un San Martín existen,
y el ministro Pizarro lo ignoraba.
¡Cosas de España!, ¡olvidos insufribles!

Y esta brillante hazaña, esta victoria,
¿será como los otros claros hechos,
espléndidos, mas no útiles al mundo
y que antes fortifican sus cadenas,
agravan sus pensiones y amarguras,
y sostienen los tronos opresores,
sobre el cañón y el sable cimentados?
¿Será como los triunfos europeos,
malditos de los pueblos vencedores,
seguidos de una calma aún más funesta
que la sangrienta lid que ha precedido?

No será así: gozosa se sonrío
la humanidad con tan plausible nueva.
Vedla volver sus ojos con ternura
saludando a este asilo venturoso,
desde la Asia y la Europa, donde gime
en medio de la paz de los sepulcros.

Que atraviese el Atlántico; la esperan
leyes humanas bajo un dulce clima,
y en los campos inmensos la abundancia.

Pero: ¿escucháis un eco delicioso
de aclamaciones y marciales himnos?
Viene de las comarcas opulentas
que rigió el cetro paternal del Inca,
y conservan sus restos venerables.
Alzó la libertad su frente augusta,
y los pueblos reciben de sus labios
máximas sabias, maternas leyes.

Ella les dice que sin la concordia,
sin orden y obediencia y amor patrio,

ni la prosperidad, ni independencia
se lograron jamás; que el despotismo
se apoya en las discordias de los pueblos,
en sus celos, envidia y desconfianzas,
y en las particulares ambiciones.
De este modo los pocos subyugaron
a las más populosas sociedades
De este modo en el seno de Colombia
Fernando encuentra ejércitos y jefes,
escándalo del mundo y de su siglo.

Ella, en fin, les explica los resortes
que ha sabido mover con tanto acierto
el genio reflexivo, que dirige
el Consejo y los hados de Bonaria.

VICENTE LÓPEZ Y PLANES

Los oficiales de la Secretaría del Soberano Congreso a la Patria, en la victoria de Maypo

Oda

¡Oh!, ¡si hoy mi poderío
la esfera de mis votos igualase
para cantar el belicoso brío
de la legión maypuana
que hundió en el polvo la soberbia hispana!

De Homero tomaría,
de Píndaro, de Horacio y del Mantuano
aquel estro, grandeza y armonía
que a los siglos quebrantan,
y siempre al alma con su magia encantan.

De Eurídice al esposo
la deliciosa voz demandaría.
El mismo Apolo su eco victorioso
me daría con gusto,
que siempre ha sido con los héroes justo.

Después al rutilante
carro del sol en majestad subiendo,
de la cordura y rectitud amante,
cual Faetón no fuera,
principiaría la inmortal carrera.

Por delante la aurora
más graciosa, más cándida, más bella

que en el cielo jamás se viera hasta ora,
las puertas me abriría,
y el camino de rosas sembraría.

Los pueblos del Oriente
admirados quedando al presentarse
fenómeno tan raro y esplendente,
corriendo a las alturas
dejarían talleres y culturas.

Yo entretanto ocupando
del Grande Tauro el hiperbóreo alcázar,
y el humilde horizonte atrás dejando
con ráfagas de lumbre
más vistosas brillara que es costumbre.

Mi manto al desplegarse
deliciosos poemas sembraría,
que al leerse por el mundo y meditarse
de Maypo la victoria
perpetuasen del mundo en la memoria.

Al zenit más cercano,
y ya a la vista general del orbe
entonará mi canto sobrehumano.
Melodiosos torrentes
moverán las piedras y las gentes.

¡Oh; patria! tú serías
de mis loores el sublime objeto:
tu pasmosa constancia en tantos días
de apremio y de fatiga
con que incansable el español te hostiga.

Solitaria en la lucha
cual si no hubiera pueblos generosos,
nadie en el mundo tu clamor escucha.
Todos te dejan sola
en brazos de la cólera española.

Audaz sobre la arena
vertiendo sangre y en sudor bañada,
con la mano de trueno y rayos llena
luchas con tus rivales
y venciendo enriqueces tus anales.

Mas tu riesgo no cesa
que en sus pérdidas mismas recobrado
el tirano otra vez la lid empieza,
y te arrostra atrevido
como si vencedor hubiera sido.

Tus fuerzas desfallecen.
¡Tanta sangre preciosa has derramado!
¡Ah! tus conflictos a la par acrecen,
mil monstruos parricidas
que renuevan atroces tus heridas.

Mas, San Martín, ese hijo
que en sus favores te ha donado el cielo
para colmo de gloria y regocijo,
se arroja a la palestra,
y arma en tu auxilio la robusta diestra.

A la hidra que vomita
por millares de bocas cruda muerte
el hercúleo campeón se precipita,
su gran maza levanta,

y la tiende mortal bajo su planta.

Así fue la jornada
de las célebres márgenes del Maypo,
en donde fuiste, ¡oh, patria! coronada
de lauro inmarcesible
por San Martín, y su legión terrible.

Gloria a tantos varones
que a los más grandes en la guerra igualan,
y los vencen en muchas proporciones.
en igual circunstancia
no hubo mayor destreza, ardor, constancia.

Aquesto por extenso
con majestuoso acento cantaría,
y asombrado al oírme el orbe inmenso
prorrumpiera cantando
América, y sus bravos alabando

Después celebraría
tu rico suelo que llenó natura
de dones abundosos a porfía:
suelo privilegiado
para asilo del mundo destinado.

Y la crueldad ibera
también diría, que en cruenta lucha
arrebatar a todo el orbe espera
este terreno amigo
donde todo extranjero tiene abrigo.

Y votos muy ardientes
de doquier hasta el cielo subirían

deseando gloria a los independientes,
y paz pronta y durable
que a la España negar no sea dable.

Paz que a todos ofrezca
el mercado más fácil y abundante,
a cuya sombra la opulencia crezca,
y nazcan relaciones
que hagan felices todas las naciones.

Yo entretanto gozoso
bajaría el gran carro al horizonte;
y celajes de un gusto primoroso
pondrían fin al día
que te ofrecen mis votos, patria mía.